



**José María Gabriel y Galán**

## **Religiosas**

### Índice

Inmaculada  
Adoración  
La pedrada  
Desde el campo  
Del charrete al baturrico  
La virgen de la Montaña  
Almas  
    En la muerte del Padre Camara  
Soledad  
Fe  
Ciegos  
Las sequías  
Alegórica  
Vamos a esperarlos  
El catecismo  
En todas partes  
Vocación  
Las sublimes  
A solas  
Bodas de oro

Dolor  
Mensaje  
Deuda  
El Cristo de Velázquez  
A la definición dogmática de la Inmaculada Concepción  
A Teresa de Jesús  
Soneto

Índice alfabético  
Almas grandes que pudierais remontaros,  
Baturrico, baturrico,  
Ciego que ayer no lo fuera  
Cuando pasa el Nazareno  
Débil corazón humano  
Después de larga sequía  
¡Dichosos los niños  
Dime coplas, musa mía  
El geniecillo riante  
En los montes de encinas seculares  
Era un día quejumbroso de diciembre ceniciento  
Era venido el suspirado día  
Estaba amaneciendo. En los espacios  
¿La conoces, musa mía?  
La fiesta de la Doctrina  
¡Lo amaba, lo amaba!  
Luz ingrávida, hija blanca de la nada  
Mujer de inteligencia peregrina  
No le dieron el cetro la intriga  
Pajarillos con alas doradas  
¡Qué bien se vive así! Pasan los días  
¿Que cante al virtuoso  
¡Quién fuera como él! Su edad primera  
¡Señor! ¡Mi patria llora!  
Yo de un alma de luz estuve asido

Alegórica

Pajarillos con alas doradas,  
que en las ramas del árbol bendito  
suspendidos de hilillos de oro,  
tenéis vuestros nidos...  
¡Mirad hacia abajo,  
mirad con cariño!

Pajarillos con alas de pluma,  
que debajo del árbol bendito  
vuestrs nidos tenéis en el suelo  
cuajados de frío...,  
¡mirad hacia arriba  
y esperad tranquilos!

Pajarillos dorados de arriba:  
de las plumas calientes del nido,  
de los frutos del árbol sagrado  
cargad los piquillos,  
tended esas alas,  
cortad esos hilos...

Pajarillos humildes del suelo,  
ya va el sol a templar vuestros nidos,  
ya el amor va a bajar a buscaros;  
abrid los piquitos,  
tended las alillas,  
estad prevenidos...

Descended ya vosotros del árbol,  
elevaos vosotros y uníos,  
y en los aires os dais un abrazo,  
juntáis los piquitos,  
rozáis vuestras alas.  
unís los pechillos...

Y bajaron amables los unos,  
y subieron los otros sumisos,  
y después de besarse en los aires  
volaron unidos...  
¡Todos eran unos!  
¡Todos pajarillos!

.....

¡Que se calle ese sabio parlante,  
que los males del mundo afligido  
no se curan con esos discursos  
hinchados y fríos...  
¡Se curan con besos,  
con besos de niño!

Los que nazcan en camas de oro  
que se acuerden de sus hermanitos.  
Los que nazcan en cunas de paja  
que sufran sumisos,  
porque Aquel que nació en el pesebre  
también tuvo frío...

Vamos a esperarlos

¡Dichosos los niños  
que tienen caballo,  
que es tener la dicha  
de ser Reyes Magos!  
¡Dichoso vosotros  
que vais a esperarlos,  
pues por tantos Reyes  
seréis visitados!

Ya vienen, ya llegan...  
¡Y cuántos! ¡Y cuántos!  
¿Cómo habrá en Oriente  
tierras y vasallos,  
mantos y coronas,  
tronos para tantos?  
¡Qué trajes tan ricos!  
¡Qué hermosos caballos!  
¡Y qué pequeñuelos  
estos Reyes Magos!  
¿Pequeños he dicho?  
Pues dije un pecado;  
¡no hay Reyes más grandes  
que esos de ocho años!  
No traen escuadrones  
de bravos soldados,  
ni orgullo en el pecho,  
ni sangre en las manos,  
ni órdenes terribles  
brotan de sus labios,  
ni al de la victoria  
trepidante carro  
miseros vencidos  
traen encadenados.  
Soldados de plomo,  
risas en los labios,  
amor en el pecho,  
dulces en las manos...  
¡Eso es lo que traen  
estos Reyes Magos  
que se dieron cita  
para conquistarnos!  
De Oriente vinieron,  
vinieron mandados  
por aquel Rey Niño  
que a los hombres malos

con el arma sola  
de Amor ha ganado.  
¡Esos son los Reyes  
que tendrán vasallos  
como el mar arenas,  
y la selva ramos,  
y estrellas los cielos  
y espigas los campos!  
¡Vamos con vosotros,  
vamos a esperarlos!  
Todos esos Reyes  
de otro son vasallos,  
de otro que les manda  
que vengan a daros  
dulces y juguetes,  
y besos y abrazos.  
¡Que vengan, que vengan,  
que van a enseñarnos  
que ellos y vosotros  
de Amor sois vasallos,  
¡vasallos de Cristo,  
que es de Amor dechado!

¡Dichosos los niños  
que tienen caballo,  
que es tener la dicha  
de ser Reyes Magos!  
¡Dichosos vosotros,  
que vais a esperarlos,  
que es ir a un convite  
de dulces y abrazos!

## El catecismo

La fiesta de la Doctrina  
no es una efímera fiesta;  
es una hermosa protesta  
de la piedad salmantina.

La Salamanca de ahora  
infunde en la de mañana  
la rica savia cristiana,  
del mundo liberadora.

Recíbela en su conciencia  
la Salamanca futura,  
que al sol de la fe más pura  
toma briosamente existencia;

y a la lucha del abismo  
con la luz acude armada,  
pero no con una espada,  
sino con un Catecismo,

con una Ley redentora  
que ha de ser el estandarte  
que corone el baluarte  
de nuestra Fe Salvadora.

¡Ley de Cristo: tú fecundas,  
fortaleces, purificas,  
acrisolas, glorificas  
y de paz el mundo inundas!

¡Ley de Cristo: tú ennobleces,  
sanas los entendimientos,  
sublimas los sentimientos  
y la Patria robusteces!

De tu luz divina en pos  
seguro va el que camina,  
porque todo se ilumina  
con el Código de Dios.

En ti por Cristo nacimos  
y a Cristo en ti confesamos.  
¡Ley de Cristo: te acatamos!  
¡Ley de Cristo: te seguimos!

Nuestro cristiano nacer  
traiga el cristiano vivir;  
nuestro cristiano morir  
como el vivir ha de ser.

Tal será nuestra existencia  
¡divino Código viejo!:  
tu letra, en la inteligencia;  
tu sentido, en la conciencia,  
y en las obras tu reflejo.

En todas partes

En los montes de encinas  
seculares  
donde toda raíz profunda arraiga  
donde tronco es columna incommovible

y brazo de gigante toda rama;

allí donde en la vida se suceden,  
cual recordando lo que nunca acaba,  
el estallido de la yema nueva  
y el caer funeral de la hojarasca;  
allí, Señor, del tiempo  
te siento Eterno el alma.

Con las pupilas y la mente hundidas  
en los espacios de las noches claras;  
en las orillas de los mares hondos  
con el oído abierto a la borrasca;  
junto a la base de la oscura sierra,  
mirando el risco de las crestas ásperas;  
sobre el perfil de la montaña ingente,  
mirando el mundo de las tierras bajas,  
allí, Señor del mundo,  
te siente Grande el alma.

De la pradera en el riente suelo  
pintado de violetas y gamarzas;  
en el fogoso amanecer de oro  
y en el sereno amanecer de plata;

oyendo al ave que cantando sube  
y al regatuelo que rezando baja;  
con una rosa cerca de los ojos  
y un ruido de aire que entre frondas pasa,  
así, por el sentido,  
te siente Bueno el alma.

Y de ese insecto en los flexibles élitros,  
y de esa fiera en las agudas garras,  
y en esa escarcha que la tierra hiela,  
y en ese rayo que el ambiente abrasa,  
en ese sol incubador de vida,  
en esa lluvia que mis surcos baña,  
en esa brisa que fecundo polen  
lleva en la punta de sus leves alas,  
te siente Providente,  
te siente Sabio el alma.

Sobre la peña del erial hirsuto  
paladeando hieles las entrañas;  
bajo la hiedra de heredado huerto  
saboreando amores o esperanzas;

revolcando mis carnes sobre abrojos  
cuando me acusa la conciencia airada

o en mi lecho campestre de tomillos  
cantando paz de honrado patriarca,  
allí, Padre del hombre,  
te siente Bueno el alma.

Y no en los ruidos de los bellos días  
ni en los silencios de las noches diáfanas;  
y no en lo grande de tus grandes mundos  
ni en lo pequeño que en sus senos guardan;

ni en esas cumbres de la vida eterna  
ni en esos valles de la vida humana  
es donde el alma que con sed te busca  
bebe y se baña en tu visión más clara...

¡Mejor que fuera de ella  
te siente dentro de su abismo el alma!

## Vocación

¡Quién fuera como él! Su  
edad primera,  
gentil proemio de su vida entera,  
fue un idilio inocente  
de místicos amores  
que a la virtud abrieron su alma ardiente  
como a la luz del sol abren las flores.

¡Hermosa infancia aquella!  
Canto sublime de la fe naciente,  
áureo reinado de la Aurora bella  
del alma de un creyente  
que en la noche del mundo es una estrella.

Como otros niños, con afán distinto,  
amenizan sus juegos y recreos  
con guerreros trofeos  
y empresas militares  
que les enseña a fabricar su instinto,  
el niño aquel, sincero, de seguro,  
construía minúsculos altares  
de su pobre casita en el recinto.

Y en el silencio del rincón oscuro,  
pobre templo que abría la inocencia  
al culto mudo del amor más puro,  
vagamente sentido en la conciencia,  
pasaba el niño las mejores horas

de la edad más feliz de la existencia.

Aquel era su juego, su alegría,  
su gloria, su poema, su tesoro,  
el deleite más hondo que sentía  
y el más hermoso de los sueños de oro  
que le pudo fingir la fantasía.

Dios era bueno, y grande, y poderoso,  
y de los niños huérfanos el Padre  
más tierno y amoroso...  
¡Se lo oía decir él a su madre  
cuando ésta hablaba del perdido esposo!

Dios había hecho el mundo  
con todas las grandezas que tenía  
por amor a los hombres solamente.  
Un amor tan inmenso, tan profundo,  
que, sobre el mundo que creado había,  
pidió cosa más bella,  
no fugaz como aquel, no transitoria...  
¡Y creó Dios la gloria  
tan solo porque el hombre fuera a ella!  
En ella estaba Dios, de bondad lleno  
y había que adorarle por ser bueno.

A esto se reducía  
la incompleta, la noble Teología  
del pequeño creyente  
que a solas en su templo meditando,  
más que un niño que piensa parecía  
un extático orando...

La honda emoción ardiente y misteriosa  
de su precoz adoración piadosa,  
dulcemente le ataba  
al altar de cartón de sus amores,  
que a falta de riquísimos primores,  
el pobre «sacerdote» engalanaba  
con las del prado pequeñuelas flores.

Allí adoraba a Dios, allí soñaba  
con vagas efusiones inefables  
que el alma entrevía  
en una misteriosa lejanía  
de dulzuras sin fin inenarrables.

La emoción religiosa  
de su infantil contemplación piadosa,  
algo difusa aún, algo incoherente,

en momentos de dicha misteriosa  
llegaba a herir su corazón ardiente:  
y entonces abstraído, arrebatado,  
cual sublime vidente  
que oye la voz con que el Señor le ha hablado,  
como una estatua del amor que espera  
la total plenitud del bien amado;  
cual tierna alegoría refulgente  
del alma enamorada  
que su vuelo al tender buscaba Oriente  
para lanzarse recta y de repente  
a la región de la feliz morada;  
como el santo que en éxtasis adora,  
como asceta que ora,  
como un arcángel que tendiera el vuelo  
desde la tierra a la mansión del cielo,  
así el niño quedaba  
en sus raros momentos de desmayo;  
y cuando el puro, el encendido rayo  
de aquel amor de fuego se alejaba,  
su alma sensible se quedaba fría,  
muda, yerta, vacía...,  
y el pobre niño, sin querer, lloraba  
con hondo sentimiento  
que su pobre razón no definía...  
¡La nostalgia del bien es gran tormento!

Vagas como la pálida neblina  
que empaña un rato la gentil mañana  
hasta que en breve la disipa luego  
luz del ardiente sol, luz argentina  
que el mundo inunda con su luz de fuego,  
así su caridad, su fe pristina,  
sus vagas concepciones religiosas  
iban cristalizando  
en regiones más puras y radiosas  
que Dios iba delante despejando.  
Y así como el imán busca el acero,  
cual van los ríos a la mar buscando,  
su alma, su corazón, su ser entero  
se alzó sobre su fe buscando oriente,  
y sereno después partió ligero  
hacia su centro natural sumiso:  
a la iglesia de Dios, al sacerdocio,  
y al martirio tras él, si era preciso.

Honra y consuelo de su madre amante,  
que jamás concibió dichas mayores;  
espejo de modestia y santo celo,  
orgullo de sus sabios profesores,

gloria de su colegio, fiel modelo  
de sencilla humildad, noble y sincera...  
todo eso y algo más, el joven era.  
Ya entonces meditaba, preocupado  
de más seria manera,  
que si por él fue un Dios crucificado,  
morir él por su Dios bien poco era.  
Y en el santo delirio  
de su fiebre de amor, que era una hoguera,  
soñaba que el final de su carrera  
iba a ser el principio del martirio.

Yo no sé si lo fue. Por vez postrera  
vile el solemne día  
de su misa primera,  
que yo a su lado oía...

El niño soñador era ya hombre:  
un hombre que tenía  
la fe tan pura y tan serena el alma  
como si fuera niño todavía.

Ya estaba allí lo que anhelaba tanto;  
lo que asustaba a la humildad ahora...  
ya estaba ungido con el óleo santo;  
¡que viniera el martirio a cualquier hora!

Centenares de luces titilaban,  
el oro del altar resplandecía,  
las trompetas del órgano arrojaban  
raudales de armonía,  
y los fieles oraban  
y el humo del incienso trascendía,  
y una tropa de arcángeles dorados,  
bellísimos, magníficos, alados,  
que el Divino tesoro  
del rico tabernáculo guardaban,  
al fulgor de las luces que oscilaban  
parecían batir sus alas de oro.

Con el santo temor de alma creyente  
que el hálito de Dios siente cercano,  
subió el misacantano  
las gradas del altar resplandeciente.  
«¡Ese sí que es altar!», dijo a mi oído  
el eco amortiguado  
de la voz de un recuerdo no perdido...  
Y al ver al sacerdote allí postrado,  
con su rica, sagrada vestidura  
de la propia blancura del armiño,

me acordé con tristísima dulzura  
de su altar de cartón cuando era niño,  
y me hirió en las entrañas la ternura  
del idilio inocente recordado  
que yo mismo veía  
en poema magnífico trocado.

Llegó al fin el momento  
del sublime misterio: el celebrante  
se inclinó y consagró, fijo y atento:  
los ojos de su fe vieron delante  
el divino portento  
que ofuscó, que cegó su pensamiento;  
y pálido, con miedo, vacilante,  
con toda el alma en el misterio hundida,  
con el santo terror de la criatura  
que ve su pequeñez engrandecida  
y elevada por Dios a aquella altura;  
como rendido al infinito peso  
de aquel divino y amoroso exceso;  
con el alma anegada  
en un mar de ternura dolorosa  
e implorando la ayuda poderosa  
de la bondad de Dios, nunca agotada,  
pudo elevar, con mano temblorosa,  
la Hostia consagrada...

.....

Yo adoré de hinojos  
con el pueblo postrado:  
y el solemne momento ya pasado,  
al levantar los ojos  
y ver al sacerdote reposado  
y en tranquila actitud, como si orara,  
vi también otra cosa...  
vi caer una lágrima amorosa  
sobre el paño blanquísimo del ara...

### Las sublimes

¿La conoces, musa mía?  
Es modelo soberano  
bosquejado por la mano  
de la gran sabiduría.

Es el más dulce buen ver  
de tus visiones risueñas;  
es la mujer que tú sueñas

cuando sueñas la mujer.

La discreta, la prudente,  
la letrada, la piadosa,  
la noble, la generosa,  
la sencilla, la indulgente,

la süave, la severa,  
la fuerte, la bienhechora,  
la sabia, la previsora,  
la grande, la justiciera...

la que crea y fortalece,  
la que ordena y pacifica,  
la que ablanda y dulcifica...,  
¡la que todo lo engrandece!

La que es esclava y señora,  
la que gobierna y vigila,  
la que labra y la que hila,  
la que vela y la que ora...

¡Hela, hela, musa ruda!  
¿No lo cantas?  
-No la canto.  
-¿Por qué, si la admiras tanto?  
-Porque si admiro soy muda.

-¿Y cuál es la maravilla  
que así admiras muda y queda?  
¡O es Teresa de Cepeda  
o es Isabel de Castilla!

A solas

¡Qué bien se vive así! Pasan  
los días  
sin dejar en el alma sedimentos  
de insanas alegrías  
ni de amargos tormentos...

Ni el placer emborracha los sentidos  
con falsos espejismos, revestidos  
de engañosa apariencia,  
ni el dolor de vivir en este mundo  
nos hace maldecir nuestra existencia.  
¡Qué bien se vive así! Pasan las horas  
tranquilas y serenas

cual ondas de arroyuelo bullidoras  
que ruedan mansamente sobre arenas.

Ni mis pasos acecha un enemigo,  
ni la calumnia sobre mí se ensaña,  
ni me hiere a traición el falso amigo  
que cuanto más me abraza, más me engaña.

¡Qué bien se vive así, sin ser testigo  
de ese culto idolátrico del oro  
que convierte en mercado la existencia  
y nos hace vivir en la presencia  
de miserias que ofenden el decoro  
y escándalos que alarman la conciencia!

¡Qué bien se vive así; qué bien, Dios mío!  
Ni me roba la farsa el albedrío,  
ni tiene que estrechar mi honrada mano  
la mano del ladrón y del impío  
al par que la del hombre honrado y sano.  
¡Qué bien se vive sólo a Dios amando,  
en Dios viviendo y para Dios obrando!  
\*\*\*

La atmósfera serena  
de esta amorosa soledad amena  
de los ruidos del mundo está vacía,  
pero Dios está en ella y Dios la llena  
con hálitos de amor y de poesía.

Al alma no acongojan  
las diarias mundanas tentaciones  
que en los abismos del pecado arrojan  
tantos flacos vencidos corazones.  
Jamás conturban tan augusta calma  
los fantasmas del odio y la perfidia,  
ni la codicia ruin que seca el alma,  
ni el espectro amarillo de la envidia:  
jamás se oye rodar por el vacío  
la maldecida voz, hija insolente  
de la boca podrida del impío  
y la boca soez del maldiciente.  
¡Qué bien se vive así! La vida entera  
se desvanece en Dios, su Sumo Dueño,  
y nos abrasa de su amor la hoguera,  
y el bien es fácil, el vivir risueño,  
sabroso el pan, reparador el sueño  
y dulce el esperar para el que espera.

Y en este grato estado  
el espíritu está de Dios más lleno,

y el dolor suele ser más resignado,  
y el placer es más puro y más sereno...  
Calientan las entrañas  
generosos deseos de ser bueno;  
ansiedades extrañas  
a que antes era el corazón ajeno;  
misteriosas y nuevas impresiones  
que tienen escondido  
del alma en los más íntimos rincones  
su delicioso nido;  
sublimes explosiones  
de amor universal, nunca sentido;  
deseos de morir resignado  
a la Cruz abrazado;  
infinita ternura  
que hace llorar con llanto de dulzura;  
fuego que el alma abrasa...,  
salto desde la mundana escoria...  
¡El hálito de Dios, que cuando pasa  
nos deja la nostalgia de la gloria!  
\*\*\*

¡Qué bien así se vive, a Dios amando,  
en Dios viviendo y para Dios obrando!

.....  
Mas, ¡ay!, cómo me olvido,  
en estos pensamientos embebido,  
de que este hermoso estado  
del vivir «ni envidioso ni envidiado»  
es para mí tan breve  
que, pronto, sí, ¡desvanecerse debe!

Éste no es para mí perenne estado;  
es, no más, un momento de reposo  
al cuerpo y al espíritu cansado:  
un descanso en un puerto  
de este mar de la vida borrascoso,  
¡un oasis en medio del desierto!  
Después..., ¡después lo mismo!  
¡A luchar otra vez por este mundo!  
¡A saltar de un abismo en otro abismo,  
con riesgo de rodar a lo profundo!...

Pero... ¿y si no rodara?  
¿Y si Dios de la mano me llevara,  
y humilde tras Él fuera,  
y entre tantos abismos no cayera  
y a la cumbre llegara?  
¿Será más meritoria  
la victoria sin lucha así lograda,  
que la santa victoria

con lágrimas y sangre conquistada?

.....

¡Oh, no; no vale tanto!

No se llega hasta el Dios tres veces Santo,  
no se llega hasta Vos, ¡oh Dios Divino!,  
por caminos de flores alfombrados.

¡Se llega con los pies ensangrentados  
por las duras espinas del camino!

Bodas de oro

Al excelentísimo e ilustrísimo señor don Pedro Casas y Souto, obispo de

Plasencia.

¿Que cante al virtuoso  
sabio varón de corazón piadoso?  
No es mi musa la musa cortesana  
de palabra del miel y áureo ropaje  
que quema incienso a la grandeza humana;  
es la ruda aldeana  
que va vestida con honesto traje,  
cantando la virtud en el lenguaje  
que le enseñó Naturaleza sana.  
Y porque ella es así, porque es sincera,  
porque no es lisonjera,  
porque es del bien la enamorada ruda  
cantando la virtud es vocinglera,  
mas delante del héroe es hosca y muda.

Ni mi musa acaricia los sentidos  
de los hombres henchidos  
del viento de la gloria inmerecida,  
ni desgarrar con épicos sonidos  
los austeros oídos  
de los grandes humildes de la vida.

Es de almas sin decoro  
plegar las alas ante el trono de oro  
donde se asienta la soberbia humana,  
y pulsando el laúd, rodilla en tierra,  
quemar inciensos y cantar a coro  
con las legiones de la gente vana.

Pero es mayor pecado  
cantarle al justo la canción sonora,

que su virtud celebra,  
en lengua seductora  
de meliflua serpiente tentadora  
a quien solo humildad su diente quiebra.

Arrullen los juglares  
el trono del soberbio con cantares,  
y la turba servil de aduladores  
queme todo su incienso en los altares  
donde honor y virtud no son señores.

Pero la musa honrada,  
cuando penetre en el desnudo templo  
del alma de un humilde, ore callada  
y escuche en las honduras del ejemplo  
la armonía del bien allí guardada.

Y luego de aprendida  
la música de Dios, que a gloria suena,  
requiera el arpa que a cantar convida  
y ensaye en ella la canción serena  
del alma recta, de virtud nutrida.

Mas no hiera el oído de los justos  
con ditirambos de clamor liviano,  
que en los senos de espíritus robustos  
suenan a ruido vano.

¿Qué le place a los grandes corazones  
un decir halagüeño,  
si ellos moran en diáfanas regiones  
donde el ídolo humano es muy pequeño,  
la voz de la lisonja desabrida,  
la trompa de la fama ronca y hueca,  
pobre la falsa vida  
y el mundo frágil como caña seca?

Las alas de la fama presurosa,  
esta vez no engañosa,  
también trajeron a mi abierto oído,  
que lo oyó con deleite inenarrable,  
el nombre esclarecido  
del justo patriarca venerable.

Y así como el idólatra del oro  
guarda siempre el tesoro  
de su morada en el rincón oscuro,  
yo de ese justo la adorable historia  
escondí en el rincón de la memoria  
donde suelo guardar todo lo puro.

Y en el silencio donde oculto he dado  
a su santa humildad, nunca he clamado:  
«¡Si supiera cantar almas tan santas!...»  
Pero siempre muy quedo he murmurado:  
«¡Si supiera imitar virtudes tantas!»

Palabras indiscretas,  
qué hermosas habéis sido  
mientras fuisteis sencillas y secretas  
si osáis llegar al delicado oído  
del venerable anciano  
que sabe perdonar flaquezas tales,  
decidle que sois hijas de un cristiano  
y que amores filiales  
os arrancaron del rincón arcano  
donde estabais mejor que en las venales  
alas del viento charlatán y vano.

Bien sé que en la armonía  
que el justo oyera de la lira mía,  
fuera gárrula música liviana,  
hueca trompetería  
que no conmueve la muralla ingente  
de la humildad cristiana,  
que escucha el alma del varón prudente.

Pero más que la estrofa detonante  
con que el hijo leal celebre y cante  
las altas prendas de su padre amado,  
le place al padre amante  
oír la apasionada melodía  
del hijo enamorado  
de la virtud que de nutrirlo ansía.

Venerable Pastor que has conducido  
tu rebaño querido  
hollando con tus plantas los abrojos,  
por las ásperas cuestas de la vida:  
tú, que ya ves con anhelantes ojos  
la tierra prometida,  
desde las cumbres del dorado ocaso  
que ganas paso a paso  
con santa majestad de alma elegida,  
alza tus manos al clemente Cielo  
y alcánzale a tus hijos el consuelo  
de dilatar tu triste despedida.

¿No ves cómo te aman?  
¿No escuchas cómo a coro  
todos padre te llaman?

¿Oyes cómo te aclaman  
celebrando tus puras bodas de oro?

¿No ves cómo a tus puertas,  
siempre a la santa Caridad abiertas,  
se agolpan, rumorosas,  
las turbas de tus pobres, numerosas,  
que pan y bendiciones  
reciben de tus manos amorosas?

Ese rumor opaco y elocuente  
que tu nombre amadísimo murmura  
es el himno amoroso más ardiente  
que de la humana gente  
puede escuchar una conciencia pura.

El otro canto, el de la gloria humana,  
ya sonará vibrante  
cuando entres por las puertas de la Historia;  
y otro más dulce que tu triunfo cante  
cuando te abra el Señor las de su gloria.

## Dolor

- I -  
Débil corazón humano  
que fuiste de dichas nido  
y hoy te lamentas herido  
por un destino tirano:

corazón que en viejos días  
viste un mundo todo amores,  
una tierra toda flores  
y un cielo todo alegrías;

corazón que ayer cantabas  
con musicales dulzuras  
la canción de las venturas  
que feliz paladeabas,

y hoy en doliente clamor  
dices que estás afligido,  
que estás mortalmente herido  
por el puñal del dolor;

corazón de fe dormida  
que gritas mirando al cielo:

«¡No hay duelo como mi duelo,  
ni herida como mi herida!»;

ruin corazón pecador  
que miras solo a ti mismo:  
¿has medido tú el abismo  
del más inmenso dolor?

- II -

Corazón poco paciente:  
¿ves la imagen dolorosa  
que en procesión lacrimosa  
conduce piadosa gente?

Abre el alma a los fulgores  
de aquella enlutada estrella:  
¿tú sabes quién es aquella?  
¡La Virgen de los Dolores!

¿Sabes la divina historia  
de aquella que es madre tuya?  
Hízola Dios Madre suya;  
¿pudo Dios darle más gloria?

¿Habrá semejante amor  
al que con hondas ternuras  
sintió en sus entrañas puras  
la Madre del Redentor?

¿Puede tu mente alcanzar,  
ni en sueños puede haber visto  
lo que la Madre de Cristo  
pudo a Cristo Dios amar?

Entonces, ¿cómo medir  
la inmensa hondura insondable  
del dolor inenarrable  
de ver al Hijo morir?

Verlo vilmente azotado,  
horriblemente escupido,  
despiadadamente herido,  
bárbaramente clavado;

verlo Mártir del Amor  
de la ruin humanidad  
y ver nuestra iniquidad,  
¿cabe tormento mayor?

Pues esos desgarradores

duelos jamás bien contados,  
sufrió por nuestros pecados  
la Virgen de los Dolores.

Corazón de fe dormida  
que a Dios, gritando, mostrabas  
la sangre que derramabas  
de tu levísima herida:

mira esos siete raudales  
que de esas entrañas puras  
derraman las puntas duras  
de siete agudos puñales.

Sabe la santa ambrosía  
que en este abismo se encierra  
y adora, rodilla en tierra,  
¡los dolores de María!

## Mensaje

El geniecillo riante  
que mis tonadas me inspira  
oyó complacidamente  
la ruda música ardiente  
de una canción de mi lira.

Su última nota bebió,  
subió a la cumbre del monte  
que el canto con él oyó  
y en el lejano horizonte  
sagaz mirada fijó...

Las alas apresurado  
batió en derechura al cielo,  
quedó en la altura parado  
y, apenas se hubo orientado  
tendió hacia el Norte su vuelo.

Cruzó las llanuras anchas  
de la desierta Castilla,  
manchas de mies amarilla,  
grises y estériles manchas  
de muerta, mísera arcilla...

Viejas villas y lugares,

ciudades y caseríos,  
verdes, pomposos pinares,  
apretados encinares,  
luengos parajes baldíos...

Y atrás el erial quedaba  
y atrás dejando la brava  
soledad de pardas sierras,  
ya volaba, ya volaba,  
por aragonesas tierras.

Y atrás quedaban los blancos,  
los cabezos eminentes,  
protegidos en sus flancos  
por las rápidas pendientes  
de abismáticos barrancos.

Y atrás quedaba la vega  
con el río que la riega,  
con la gente que la cuida,  
con las casas en que anida  
la rural legión labriega...

Y atrás las viejas ciudades  
que despiertan las memorias  
de los tiempos de las glorias  
y las heroicas edades  
que nos pintan las historias...

Y amainando mansamente,  
como amaina la corriente  
junto al borde de la poza,  
plegó el vuelo de repente  
sobre la gran Zaragoza.

Y bajando disparado  
como blanca culebrina  
desprendida del nublado,  
con caída repentina  
de avión aliquebrado;

como cosa que al bajar  
precipita su correr  
sin poderlo remediar,  
raudo el genio fue a caer  
sobre el templo del Pilar.

Trasasó la vidriera  
de una artística tronera,  
y ante la Virgen, de hinojos

humillados alas y ojos,  
exclamó de esta manera:

¡Señora! de la lejana  
noble tierra castellana,  
donde se os rinden loores,  
traigo un mensaje de amores  
a tierra zaragozana.

Para ante vos presentarlo  
debiera dulcificarlo,  
ponerlo en habla divina;  
pero es más bello dejarlo  
con su rudeza pristina.

Ved de qué modo os venera  
y os ama el alma sincera  
de un rimador de Castilla,  
que en habla ruda y sencilla  
lo canta de esta manera:

¡Virgen Santa del Pilar!  
Desde este rincón querido  
donde he escondido mi hogar  
quiero mandarte prendido  
mi espíritu en un cantar.

En esa tierra de hermanos  
estuve hace pocos meses  
bebiendo aromas cristianos  
y estrechando honradas manos  
de hidalgos aragoneses.

¡Nunca podré bien pagarte  
la dicha de visitarte  
que quiso darle el destino  
a este pobre peregrino  
de la piedad y del arte!

A ti el amor me llevó  
¡y estuve cerca de Ti!:  
mi espíritu te sintió,  
pero verte, no te vi,  
porque tu luz me cegó.

Ojos que tanta belleza  
sorprenden en los arcanos  
que incuba Naturaleza,  
pequeños son y profanos  
para admirar tu grandeza.

Perdona si al visitarte,  
ciego, mudo y aturdido,  
no supe ni saludarte,  
que yo sólo puedo hablarte  
desde lejos y escondido.

Escondido en las serenas  
tranquilidades amenas  
de estas húmedas umbrías  
que están de ruidos vacías,  
que de amores están llenas.

¡Aquí ya sé yo cantar!  
¡Aquí ya puedo sentir  
las grandezas del Pilar!  
¡Aquí ya acierto a decir  
sabrosas cosas de amar!

Si esa ciudad vencedora  
no fuera merecedora  
de tu regia rica silla,  
yo te dijera: «¡Señora!,  
¡vente a morar en Castilla!»

Y si este suelo querido  
se hubiese al peso rendido  
del Pilar abrumador,  
¡tendrémoslo suspendido  
con el imán del amor!

Yo no soy más que un poeta  
que toscamente interpreta  
las tonadas del lugar...  
Permíteme que prometa  
tu gloria no profanar.

Porque el himno de tu gloria,  
para la humana memoria  
sólo se concibe escrito  
por el dedo de la Historia  
sobre el espacio infinito.

Pero yo sé hacer cantares  
con decires populares  
y sentires del amar,  
que en estos pobres lugares  
saben a pan del hogar.

Y ya que endechas sutiles

no te cantan tus poetas,  
oirás coplillas viriles  
al son de las panderetas  
y al son de los tamboriles.

Y yo haré que de dulzores  
te den su rico tesoro  
las gaitas de mis pastores,  
que saben decir amores  
mejor que las arpas de oro.

Los campos registraremos,  
y en el valle más tranquilo  
sencilla ermita te haremos,  
y en ella amoroso asilo  
y adoración te daremos.

A pobre mansión te envita  
mi cielo, Virgen bendita;  
mas tu ruda grey leal  
sabe rezarte en la ermita  
mejor que en la catedral.

Y allí, en el campo, a tus plantas,  
cantan mejor tu grandeza  
los hombres con sus gargantas  
y Dios con músicas santas  
que sabe Naturaleza.

Mi gente no te daría  
coronas ni toca de oro  
ni mantos de pedrería;  
mas ¡cuán henchido tesoro  
de amores te rendiría!

Alegrando estos caminos  
vieras venir a millares  
los rústicos peregrinos  
de los lugares vecinos  
y los lejanos lugares.

Vieras venir las doncellas  
por estas campiñas bellas,  
del dulce reposo amigas,  
cortando flores y espigas  
para adomarte con ellas.

Grupos de mozos forzudos  
y de zagales talludos  
con danzas te festejaran,

donde sus cuerpos membrudos  
bravos vigores mostraran.

Y a lomos de sus asnillas  
vinieran las viejecillas  
a darte con fe leal  
velas de cera amarillas,  
roscas de pan candeal...

Si hay en la ofrenda pureza,  
¿qué añadirá a su grandeza  
la pompa y el esplendor?  
¡Qué sublime es la pobreza  
cuando festeja el amor!»

- II -

«Perdona, Reina gloriosa,  
si acaso a ofenderte llega  
mi invitación amorosa;  
y tú, Zaragoza hermosa,  
perdona a mi fe, que es ciega.

No ha visto que formular  
su amorosa petición  
es torpemente olvidar  
que una misma cosa son  
Zaragoza y el Pilar.

No ha visto que era robarte  
la más envidiable gloria  
que el cielo quiso donarte.  
¡No ha visto que era arrancarte  
las entrañas de tu historia!

Sigue, pueblo venturoso,  
sigue ostentando el hermoso  
diamante de tu presea,  
y ese Pilar suntuoso  
tu hogar, Zaragoza, sea.

Y sea en mi tierra bendita  
cada alma una lucecita,  
y cada pecho un altar,  
y cada hogar una ermita  
de la Virgen del Pilar.»

Almas grandes que pudierais  
remontaros,  
poderosas, mayestáticas, serenas,  
por encima de las águilas reales,  
a purísimas atmósferas etéreas  
donde el oro de las alas no se mancha,  
ni oscurecen las pupilas vagas nieblas,  
ni desgarran el oído los estrépitos  
de los hombres que se hieren y se quejan...

Almas sabias que en las cimas de la vida  
como nubes protectoras la envolvieran,  
desgarrándose en relámpagos de oro  
y lloviendo lluvias ricas y benéficas  
para damos a los ciegos de los valles  
luz que rasgue las negruras que nos ciegan  
y caudales de rocíos salutíferos  
que a las almas enfermizas regeneran...

Almas fuertes que pudierais desligaros  
del mortífero dogal de las miserias  
y llevarnos de la mano por la vida,  
guarneciéndonos de santas fortalezas,  
saturándose de amores generosos,  
regalándonos magnánimas ideas.

Almas buenas que sabéis de las torturas  
de las pobres almas rudas y sinceras  
que al querer de la miseria levantarse  
desde arriba las azotan y envenenan  
con el látigo estallante del escándalo  
que repugna, que deprime, que avergüenza...

Almas grandes, almas sabias,  
almas fuertes, almas buenas...  
¡Nos debéis a los humildes,  
nos debéis a las pequeñas  
la limosna del ejemplo,  
que es la deuda más sagrada de las deudas!

El Cristo de Velázquez

¡Lo amaba, lo amaba!  
¡No fue sólo milagro del genio!

Lo intuyó cuando estaba dormido,

porque sólo en las sombras del sueño  
se nos dan las sublimes visiones,  
se nos dan los divinos conceptos,  
la luz de lo grande,  
la miel de lo bello...  
¡Lo amaba, lo amaba!  
¡Nacióle en el pecho!  
No se puede soñar sin amores,  
no se puede crear sin su fuego,  
no se puede sentir sin sus dardos,  
no se puede vibrar sin sus ecos,  
volar sin sus alas,  
vivir sin su aliento...  
El sublime vidente dormía  
del amor y del arte los sueños  
-¡los sueños divinos  
que duermen los genios!  
¡Los que ven llamaradas de gloria  
por hermosos resquicios de cielo!-

Y el amor, el imán de las almas  
le acercó la visión del Cordero,  
la visión del dulcísimo Mártir  
clavado en el leño,  
con su frente de Dios dolorida,  
con sus ojos de Dios entreabiertos,  
con sus labios de Dios amargados,  
con su boca de Dios sin aliento...,  
¡muerto por los hombres!,  
¡por amarlos muerto!

Y el artista lo vio como era,  
lo sintió Dios y Mártir a un tiempo,  
lo amó con entrañas  
cargadas de fuego,  
y en la santa visión empapado,  
con divinos arrobos angélicos,  
con magnéticos éxtasis líricos,  
con sabrosos deliquios ascéticos,  
con el ascua del fuego dramático,  
con la fiebre de artísticos vértigos,  
la memoria tomando a los hombres  
ingratos y ciegos,  
débiles o locos,  
ruines o perversos,  
invocó a la Divina Belleza  
donde beben bellezas los genios,  
los justos, los santos,  
los limpios, los buenos...

Y al conjuro bajaron los ángeles,  
y al artista inspirado asistieron,  
su paleta cargaron de sombras  
y luces del cielo  
alzaron el trípode,  
tendieron el lienzo,  
y arrancándose plumas de raso  
de las alas, pinceles le hicieron.  
Y el mago del arte,  
el sublime elegido, entreabriendo  
los extáticos ojos cargados  
de penumbras del místico ensueño,  
tomó los pinceles,  
sonámbulo, trémulo...

De rodillas cayeron los ángeles  
y en el aire solemnes cayeron  
todas las tristezas,  
todos los silencios...  
¡Y el genio del arte  
se posó sobre el borde del lienzo!  
Con fiebre en la frente,  
con fuego en el pecho,  
con miradas de Dios en los ojos  
y en la mente arrebatos de genio,  
el artista empapaba de sombras  
y de luces de sombras el lienzo...

No eran tintas que copian inertes,  
eran vivos dolientes tormentos,  
eran sangre caliente de Mártir,  
eran huellas de crimen de réprobos,  
eran voces justicia clamando,  
y suspiros clemencia pidiendo...  
¡Eran el drama del mundo deicida  
y el grito del cielo!...  
¡Y el sueño del hombre  
quedó sobre el lienzo!  
¡Lo amaba, lo amaba!:  
¡el amor es un ala del genio!

A la definición dogmática de la Inmaculada Concepción

Era venido el suspirado día,  
por el dedo divino señalado,  
para que el Cielo oyera la armonía  
del himno más sublime que ha cantado

el mundo, enamorado de María.

La mano augusta que grabó indelebles  
en el seno de todo lo creado  
las sabias leyes que la vida rigen,  
la que movió el abismo de la nada,  
la que del tiempo señaló el origen,  
la que la vida conoció increada,  
la que en el caos derramó armonías  
y en el vacío modeló grandezas,  
y en los abismos encendió los días  
y con su luz iluminó bellezas;  
la que en los días del vivir primeros  
selló los hechiceros  
secretos de las grandes maravillas,  
la que en el cielo derramó luceros  
como en la tierra derramó semillas;  
la que en los montes despeñó torrentes;  
la que en los valles ocultó palomas  
y desató las brisas y las fuentes,  
pintó los lirios y esenció las pomas:  
la que endulzó el sonoro  
de aves cantoras incontable coro;  
la que a los ojos de belleza avaros  
les mostró de los días el tesoro  
con ocasos teñidos de escarlata,  
bellas auroras de oro  
y mediodías de bruñida plata...  
La mano omnipotente  
que hizo del limo la gentil figura  
de la primera humana criatura,  
carne hermosa con alma inteligente...,  
aquella sabia mano,  
providente, magnánima, divina,  
quiso en un ser, por ello soberano,  
compendiar la hermosura peregrina  
que vertió en lo divino y en lo humano,  
y con la luz de todas las blancuras,  
con la clave de todas las grandezas,  
con el fuego de todas las ternuras,  
con la esencia de todas las purezas,  
con las mieles de todas las dulzuras  
y la cifra de todas las bellezas,  
graciosa, exuberante,  
casta, ideal, magnífica y triunfante,  
más sencilla y gentil que las palomas,  
más hermosa que el día,  
más pura que la luz y los aromas,  
más hermosa que el sol... ¡hizo a María!  
Y ¿cómo no creerla pura y bella,

si morada de Dios iba a ser ella?

Y fue limpia morada  
del que pasó por Ella, Cristo vivo,  
puras dejando sus entrañas puras...  
¿Mancha el beso del sol la inmaculada  
nieve de las alturas?

El Dios que la creó quiso que el mundo  
sin su mandato Pura la sintiera...  
Y el mundo bueno, con amor profundo,  
la sintió como era...  
Ancianos patriarcas venerables  
videntes y profetas,  
mártires incontables,  
teólogos y poetas,  
cenobitas y santos adorables,  
filósofos y extáticos ascetas...  
Mundo meditador, mundo creyente...  
¡Todos en santa universal porfía  
tuvisteis en el pecho y en la mente  
la fe de la pureza de María!

Pero faltaba el eco soberano  
de la voz del Señor, nota primera  
del divino Poema mariano...  
¡Indigno de ella fuera,  
sin prelude de Dios, un canto humano!

Y aquel sublime y venerable anciano  
que el místico rebaño dirigiera  
con luces celestiales en la mente,  
con llaves áureas en la augusta mano  
el mártir generoso  
de alma de fuego y corazón piadoso,  
y corona de espinas en la frente:  
que vivió sangre santa derramando  
y se pasó la vida bendiciendo  
y descendió al sepulcro perdonando;  
el justo, el perseguido,  
el del ardiente corazón herido  
que en Santa Caridad se derretía,  
¡aquel fue el elegido  
para exaltar la gloria de María,  
para apagar el infernal rugido  
con el prelude santo  
del más sublime canto  
que de boca del hombre el Cielo ha oído!  
Oraba el justo con fervor profundo,  
callaba el cielo y esperaba el mundo...

Arrobado en coloquios divinales  
con el más grande amor de los amores,  
paladeando mieles edeniales,  
bálsamo de agudísimos dolores,  
en los ojos el fuego de los llantos  
y el del amor dulcísimo delirio,  
en las sienes el nimbo de los santos  
y en la mano la palma del martirio,  
extático, magnífico, sereno,  
ebrio de Caridad, de gracia lleno,  
cuando del Cielo descendió el torrente  
de la divina inspiración gigante,  
tomó a sus hijos la mirada amante  
llena de amor ardiente  
y grande, mayestático, triunfante,  
con las mieles de todos los consuelos,  
en una voz que resonó en la anchura  
del ancho mundo y de los anchos cielos  
llorando de alegría y de ternura  
clamó radiante: «¡Inmaculada y Pura!»

«¡Inmaculada y Pura!», repitieron  
los ángeles que asisten a María;  
y la creyente muchedumbre humana  
con voz de amores, honda y soberana:  
«¡Inmaculada y Pura!», repetía.  
¡Y toda la armonía  
con que sabe latir Naturaleza  
se derrama en la inmensa sinfonía;  
y del aire en el ámbito profundo  
y de las almas en la fresca hondura  
flotó un ambiente de ideal pureza,  
segundo redentor de todo un mundo  
puesto a las plantas de la Virgen Pura!

Y herida nuevamente  
con honda herida la infernal serpiente,  
silbó blasfemias con su lengua impura  
moviendo al Cielo guerra,  
y su chata cabeza ensangrentada  
golpeó sobre el polvo de la tierra,  
con rabia loca de soberbia hollada  
y sus fauces cargadas de veneno  
polvo amasaron con su baba horrible,  
y el cuerpo innoble, en convulsión terrible  
se retorció sobre su propio cieno...

¡Gloria a Ti, Madre mía,  
que con tus plantas al abismo huellas,  
y con tu luz disipas las negruras,

áurea alborada del dichoso día  
de quien un rayo son las cosas bellas,  
de quien un rayo son las cosas puras!

Gloria canto a tus plantas,  
sol del edén, de perfección dechado,  
de quién átomos son las cosas santas,  
que el Señor en la vida ha derramado;  
de quien son un reflejo peregrino  
las estrellas de luz resplandecientes  
y el coro de querubes refulgente  
que forman el divino  
nimbo de luz de tu divina frente:

¡Dios te salve, María Inmaculada,  
de la gracia de Dios favorecida,  
y con todo el poder de Dios creada,  
y con todo el favor de Dios henchida,  
y con todo el amor de Dios amada,  
la sin pecado original nacida,  
la sin mácula Virgen coronada!

Flor de las flores, adorable encanto,  
gloria del mundo, celestial hechizo...  
¡Dios no pudo hacer más cuanto te hizo!  
¡Yo no sé decir más cuando te canto!

A Teresa de Jesús

Soneto

Mujer de inteligencia  
peregrina  
y corazón sublime de cristiana,  
fue más divina cuanto más humana  
y más humana cuanto más divina.

Hasta el impío ante tu fe se inclina  
y adora la grandeza soberana  
de la egregia doctora castellana,  
de la santa mujer y la heroína.

¡Oh mujer! Te dará la humana historia  
la gloria que por sabia merecieres;  
mas con el mundo acabará esa gloria,

que por ser terrenal no es sempiterna.  
¡Tú, Teresa de Ahumada, al cabo mueres!  
¡Teresa de Jesús, tú eres eterna!

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

